



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

RICARDO BELLVER



Lo que puede y ha podido
su talento soberano
dicen la estatua de *Elcano*
y la del *Angel caído*.

SUMARIO

TEXTO: De toda un poco, por Luis Taboada.—Mudas de los pajarracos, por Eduardo Benot.—La carbonera, por Juan Pérez Zañiga.—Viajes de verano, por Fiacro Yrázoz.—¡Paroles!, por Eduardo de Palacio.—En Mondariz, por José Estremera.—Cuestión peliaguiz, por Felipe Pérez y González.—Lacrimosa, por Sinesio Delgado.—Un estreno, por Miguel Toledano.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Ricarito Bellver.—Cena misteriosa, por Cila.



DESDE PORTUGAL

El viaje de Espinho a Oporto sólo dura cincuenta minutos en ferrocarril, y por lo tanto, los bañistas hacemos frecuentes viajes a la hermosa ciudad portuguesa.

Hay trenes a precios reducidos que salen todos los días rebosando gente. En Oporto se compran alhajas por poco dinero, y raro es el español que no adquiere una sortija, ó un anillo, ó un guardapelo simbólico, para regalar al amigo ausente, ó la tía de su corazón, ó a la joven sensible que espera nuestro regreso con la frente apoyada en ambas manos y la nariz rubicunda en fuerza de llorar nuestra ausencia.

El domingo último parte de la colonia española de Espinho se trasladó a Oporto, donde iba a torear Mazzantini en unión de otros apreciables diestros del país, uno de los cuales tiene una cara que parece un barreno.

—¿Quién es ése?—preguntamos a un portugués que se sentaba a nuestra vera en el tendido.

—Ese es el famosísimo José dos Santos, un dos más extraordinarios bandarilheiros da Europa.

Él como feo lo es bastante, y además parece que está fuera de cuenta, dada la exuberancia del abdomen. Sale a poner banderillas deprisa y corriendo, como si le estuvieran esperando en su casa para tomarle medida de unos calzoncillos. Llega donde está el toro, le suelta los palos y sigue corriendo hasta dar de bruceos con la barrera; el público, lleno de frenesí, le aplaude a rabiar, y algunos espectadores le arrojan besos.

Aquella tarde se lidiaban diez bravísimos toros y la plaza estaba llena.

Mazzantini sostuvo su buen nombre a la altura de siempre, y eso que los toros eran todos ellos catadráticos de Coimbra, a juzgar por la profundidad de sus conocimientos.

Había toro de aquellos que sabía latín y caldeo y álgebra superior y teneuría de libros por partida doble.

En Portugal está prohibida la muerte de los toros; de suerte que éstos, después de rejoneados y banderilleados, vuelven a la vacada de sus mayores, donde se les aplican los remedios que prescribe la ciencia. A uno se le pone en el cervigullo una cataplasma de hojas de nogal y leche, a otro se le aplica un parche de cerato simple, a otro una docena de sanguijuelas, y así sucesivamente, hasta conseguir su completa curación. Cuando vuelven a salir a la plaza, se acuerdan del suplicio pasado, y mugen, como diciendo:

—¡Calle! Parece que conozco este redondel. Si, sí; aquel sujeto con cara de merluza es Santos, el famosísimo bandarilheiro... Voy a ver si lo deslomo.

Y no hay capote que pueda engañar al bicho, ni bastan recortes, ni morisquetas, ni bulas de Meco. El toro, por regla general, suele saber más toreo que los lidiadores, y si no fuera por las bolas que sacan en los cuernos, a estas horas no quedaría en Portugal un solo torero para contarlo.

Mazzantini capeó, banderilleó y simuló la muerte del toro, obteniendo muchos aplausos; los chicos de su cuadrilla dejaron

bien puesto el pabellón de España, y nosotros, por espíritu patriótico, nos entusiasbamos hasta el punto de abrazar a una chica de Braga que teníamos a nuestra derecha.

—¿Qué hace usted?—nos dijo pudorosamente.

—Perdone usted, señorita, en nuestro entusiasmo nacional la habíamos confundido con un sacerdote de Salamanca, que ha venido de Espinho con nosotros.

Los portugueses nos tachan de inhumanos porque permitimos la muerte de los penceos y la de los toros en nuestras corridas.

—Iso es una crueldade horriavel—nos decía un portugués que usaba una barba lo mismo que un felpudo y era nuestro vecino de localidad.—Os cabalhos sao dignos de compasiao. Os touros sao nossos hermaos, como quen diz.

En aquel momento se presentaban en el redondel los *mozos de forcado*: unos apreciables brutos que sujetan a los toros a puñetazo limpio. Uno de aquellos distinguidos salvajes se coloca delante de la fiera con los brazos abiertos y espera la acometida; cuando el toro embiste, el referido salvaje se le agarra a los cuernos y procura detenerle, mientras el resto de la *troupe* lucha por apoderarse de las patas del animal, hasta dejarle sin movimiento.

El portugués de las barbas continuaba desatándose en censuras contra las corridas de toros españolas, donde fallece a traición el inocente jaco, que tal vez deje en pos de sí una honrada familia... pero no pudo continuar su discurso, porque en aquel momento uno de los mozos cruzaba raudo el espacio, impelido por la fuerza poderosa del toro, que le había largado un metido de padre y muy señor suyo.

Cayó el hombre sobre la arena, como un talego de garbanzos, y allí se quedó sin movimiento, echando espuma por la boca; pero nadie se dió por entendido. Hubo sólo una alma generosa que se echó al redondel para socorrerle y se lo llevó arrastrando hasta la barrera. Los capotes de los bandarilleros de Mazzantini evitaron que el toro la emprendiera de nuevo con el malparado mozo, y entonces no pudimos por menos de decir al portugués de las barbas:

—Diga usted, barbián, ¿quién es más digno de compasión? ¿El caballo, que suele ser soltero, ó este mozo infeliz, casado y con hijos?

El hombre, por toda respuesta, me dirigió una mirada de ceño contrariado.

Por lo demás, aquí las corridas de toros tienen muchos aficionados y la plaza es bonita y cómoda como ninguna. Las señoras no tienen reparo en ocupar asientos de tendido, y cuando se luce un torero, suelen arrojarle flores, palomas y caramelos de menta.

Días pasados se celebró en Oporto una corrida a beneficio de un famoso torero llamado *Peixinho*, y el entusiasmo del público llegó al delirio. Los hombres aplaudían sin cesar, las mujeres arrojaban al ruedo coronas de flores y hojas verdes, desde el laurel a la hierbabuena. De un palco le fueron lanzadas dos palomas, emblema de la pureza, y de otro palco bajó al redondel un lacayito y entregó al torero una bandeja tapada con una servilleta.

—¡Que se vea, que se vea!—gritamos varios españoles desde el tendido.

Entonces el diestro levantó la servilleta y todos lanzamos una carcajada.

¿Que había debajo de la servilleta?

Un flan.

LUIS TABOADA.

MUDAS DE LOS PAJARRACOS

De los fieros diputados que vienen de independientes, decía el marqués de Alhaldá, don José María Orense:

Son aves de cuatro mudas, por más que no lo parecen, y cambian de pluma todos cada tres ó cuatro meses.

Primero pierden el *de*, y quedan de dependientes, ya del gobierno si sabe, ya de otra sol si amaneca.

Luego se les cae el *de*, y pasan a ser presidentes de la oreja de quien manda y darles bazofia puede.

Escalan al cabo un puesto donde resultan de jefes, y arrojando al punto el *gen*, se quedan sólo de diestros.

Y perdiendo luego el *de*, resultan ser lo que siempre: busravidas sin carácter y unos ridículos *en*tes.

E. BENOT.

LA CARBONERA

Abiertas las velaciones,
se unió Martina Palan
con un esbeto recaudador
de contribuciones.
El era un hombre corrido
y alegre; en cambio, su esposa
era la más virtuosa
de cuantas he conocido.
Después de estar en Tarrasa,
en Sos y en Valladolid,
trasladáronse á Madrid,
donde pronto hallaron casa,
y ayer los he visitado,
como amigo verdadero,
en un cuartito tercero
de la calle del Soldado.
Ella, triste y ojerosa,
me habló de su infiel esposo,
le llamó libidinoso
por no llamarle otra cosa,
y, finalmente, Martina
me hizo ver la casa entera,
y en su afán de que la viera,
me enseñó hasta la cocina
y en ésta un fogón pequeño
con carbonera debajo,
y junto al fogón un tajo
y sobre el tajo un barreño.
—¿Le gusta á usted? preguntó.

—Sí, señora, contesté.
Veo que ha encontrado usted
una casa de mistó.
—Sí, la casa es de primera;
pero tiene para mí
un defecto grave.
—¿Si?
—¿Y cuál es?
—La carbonera.
—¿No cabe en ella el carbón?
—No es eso, mi buen amigo.
—¿Cria insectos?
—Yo no digo
que tenga esa condición.
—¿Huele mal?
—Yo no lo sé.
—¿Quizá es húmeda?
—No tal.
—Entonces, no acierto cuál
defecto la encuentra usted.
—Que yo, inocente, he venido
cerca de ella, y en seguida
me han dicho que es la querida
del tano de mi marido.
—¿La carbonera? ¿Qué cuajo!
—La misma.
—No puede ser.
—Sí, señor, sí... ¿La mujer
del carbonero de abajo!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

VIAJES DE VERANO

EN PRIMERA CLASE

—¡Buenas noches!
—¡Buenas noches!
—Perdóneme usted, un momento...
¿Por poco no encuentro asiento
con esta escasez de coches!
—¿Le estorba á usted mi maleta?
—No, señor, está muy bien.
—¿Por fin echa á andar el tren!
—¡Qué tren!... ¡Si es una carreta!
—¡Espacio vamos!
—¡Ya, ya!
—Esto no es un *expres*.
—¡No!
—¡Cosas de España!
—¡Oh!
—¡Oh!!
—¡Si fuera en Francia!...
—¡Ah!
—¡Ah!!
—¿La molesta el humo?
—¡Sí!
—¡Me mareo yo de un modo!...
—¿Quiere usted que cierre todo?
—¿Quiere que abra por aquí?
—¿Dónde estamos?
—¡En Medina!
—¡Caramba, cuánto he dormido!
—¡Qué viaje!
—¡Voy aburrido!
—¡Si lo sé, tomo berlina!
—¿Qué estación es la primera?
—¡No lo sé!
—¿Qué hora será?
—¡Creo que llegamos ya!
—¡Ya estamos en la frontera!

EN SEGUNDA CLASE

—¿Y ustedes adónde van?
—¡Irán, de fijo, á los baños!...
—Mire usted, todos los años
vamos á San Sebastián,
pero mi marido tiene
tanto trabajo atrasado,
que, es claro, lo hemos dejado
para el verano que viene.

—¿Y ustedes? ¿Irán á Francia?...

—Pensábamos ir, si tal,
pero como al Escorial
hay mucha menos distancia,
á éste le viene mejor
para recaudar sus rentas,
y así se evita de cuentas
con el administrador.

Ante tal proximidad,
por capricho de Raimunda,
viajamos hoy en segunda
por una casualidad.
—¡Siempre vamos en primera
ó en berlina!

—¡Sí, lo creo!
—Toma, y si no, me mareo
del ruido de la caldera.
—Pues á mí me entra el *spün*
como á usted, y es un trabajo.
Por eso, siempre que viajo,
viajo en el *Skating-Rin*.
—¿Será en el *Smoking-Room*? ..
—¡Es verdad, lo mismo es!
Yo no dominó el francés
y me suelo equivocar.

EN TERCERA CLASE

—¡Paizana, venga eze vino!
—¿Usted gusta, cabayero?...
—Ande usted, beba primero.
—No zeño, yo soy mu fino,
y aunque no soy de esta tierra,
porque nací en Almería,
no me gana á corteza
ni er ministro de la Guerra.
—¿Señor Juan, ofrezca usted!..
—Señora, ahí van las sardinas.
Ya verá usted si son finas.
—Bueno, ahora lo verá.
—¡Buen vino!

—¡Y es de taberna!
—¿Y esa pierna de carnero?...
—¡Ahí la tienen!

—¡Caballero,
no me meta usted la pierna!
—Señora, fué sin querer...
—Ya lo había conocido,
pero lo ve mi marido,
y entonces tendrá que ver.
—¡Si la molesto á usted!...

—¡Qué!
Ya veo que es usted un santo...
¡Pero, hijo, no se eche tanto,
que voy ya muy sofocá!
—¿Y ese vino? ¿y ese vino?...
—¡Ahí val! ¿Que corra el pellejo!
—¡Ya está aquí! Ya no lo dejo
de la mano en too el camino.
—¡Y hará usted perfectamente!
—¿Dónde estamos?

—¡En Medina
—¡Pues abajo, á la cantina,
que yo pago el aguardiente!

FIACRO VRAVVOZ.

FAROLES!

Cúbranse ustedes, que no aludo á personas determinadas.
Digo esto á los sujetos que pueden darse por aludidos, porque
ellos son los únicos faroles que han venido á más.
Los auténticos han venido á menos.
¡Qué papeles tan importantes representaron en otro tiempo!
Fiestas reales: faroles.
Fiestas nacionales: faroles.
Noches de jarana: faroles.
Ya no veremos aquellas iluminaciones en los edificios públi-
cos, con faroles y vasitos de colores, que parecían á nuestros
queridos abuelos realización de cuentos de hadas y que excita-
ban á chuparse los dedos, de gusto, á Calomarde, Chaperón y
Mendizábal, *sucesivamente*.
—¿Cuántos acontecimientos notables solemnizaban los vecinos
pacíficos, con los mismos faroles!
Que sus majestades habían entrado en el quinto mes.
Faroles, iluminación general.
Que habían dado á luz, es un suponer.
En cuanto veían las gentes ondear en Palacio la bandera es-
pañola ó la bandera blanca, según fuese varón ó hembra el
recién nacido, faroles y música.
Los mismos asomaban en los balcones y ventanas cuando so-

CENA MISTERIOSA



—Me ha dicho que salen á la una en punto. De hoy no paga. O acude á la cita, ó la dejo para siempre.



—Usted dispense.



—¡Caramba! ¡Otro!
—Si no estuviera usted plantao en metá de la vía pública!



—¡Que baile el oso! ¡que baile! ¡que baile!



—¡Gracias á Dios!



—Quedamos en cenar esta noche, ¿verdad? ¡La es pero á usted á las ocho en punto! ¡Qué felicidad á Dios mío!



—¡Y luego dirán que yo no me traigo cositas!



—¡Jesús! ¡Las siete y media!



—Pues... yo quisiera un cuartito reservado; todo lo reservado posible.



—Ya sabe usted, dos raciones de cada cosa. ¡Ah! oiga usted si viene una señora preguntando por Sánchez, que pase en seguida.



—Las nueve menos cuarto. ¡Vaya!



—Vaya usted trayendo los entremeses, que no puede tardar.



—Aquella no può venir porque tie que velar esta noche y me ha dicho: Pus vete tú, Gregorio, y cena con aquel cabayero. Conque si á usted le da lo mismo...

brevemente la proclamación de alguna de las constituciones que fueron saliendo a luz.

Y los mismos faroles iluminaban, aunque poco, las calles si se proclamaba el rey absoluto.

La escala de faroles era muy extensa.

Entre el farolillo del trapero y el farol de la retreta, podía contarse un número de faroles.

El farol con que alumbraba «su instalación» el escarolero primeramente, y el pescadero después, establecidos en un hueco de alguna carnicería.

El farolillo del fosforero ambulante, el del barquillero, el del aguador ó aguadora transeuntes.

Todos éstos han sido rechazados por el gusto moderno.

Subsiste el farolillo microscópico que avisa á los viandantes y riatrotantes de algún peligro en la calle, bien por abertura de zanja ó por cualquiera otra causa semejante.

Los faroles con que se iluminaba á las imágenes de algunos santos, colocados en hornacinas con vistas á la calle, tampoco se conservan en Madrid.

Les han reemplazado los faroles de las «casas de dormir» para forasteros peregrinos y los faros que anuncian al naufrago en la villa el establecimiento de préstamos, con servicio nocturno.

Los faroles del Rosario y de la retreta aún no han vuelto á salir á la calle.

Los faroles que iluminaban los portales de las casas grandes y de los conventos se sostienen, aunque con modificaciones exigidas por el progreso.

El gas perjudicó notablemente á los faroles de nuestros antepasados.

El de aceite de oliva era el alumbrado de las generaciones modestas cuanto sombrías.

El petróleo, el gas y después la electricidad cambiaron la faz del mundo.

El farol del sereno ha sobrevivido en este conflicto de luces. Y el sereno también.

Ambos de aceite de oliva y de alcohol, respectivamente.

Del farolillo del sereno puede decirse lo que de los relojes de pared dicen las gentes: «que acompaña.»

—No sé lo que sería de mí—me decía una señora vinda por convicción y por principios—si no tuviera en casa un reloj de enco: desde que me faltó aquél, es mi único consuelo.

—¿Quién?

—El reloj.

—¿El reloj ó el cuco?

El farolillo del sereno parece como que advierte á transeuntes pacíficos y á blasfemos:

«Aquí está la autoridad para lo que quieran de ella.»

De los faroles del alumbrado público cuanto se dijera sería pálido, muy pálido.

Un industrial de Madrid ha inventado unos faroles iluminados por medio de una pasta.

Pasta luminosa muy á propósito para baruizar concejales.

De todas maneras, la profesión de farol es envidable, por lo que lucen, cuando no son faroles ya apagados.

Pues ¿y los faroleros?

¿Qué profesión!

En Sevilla se enamoró una dama ilustre de un vendedor de faroles que era un Gayarra al pregonar su mercancía.

—¡Faaaaroles! ¡farooooles! ¡faroleeee!

Cantaba el hombre una romanza de tenor ambulante. La dama dispuso que le llamara una de sus criadas, y el individuo obedeció.

La señora le suplicó que pregonara como si estuviera en su casa, y él lo hizo según le pedían.

Entonces la dama le confesó su pasión, oculta hasta entonces.

Pero no pudieron entenderse.

Porque el hombre no podía ni hablar siquiera, ni más que pasarse las horas gritando:

—¡Faroles!

Y para no reventar, huyó de la casa.

EDUARDO DE PALACIO.

EN MONDARIZ

DIÁLOGO DE AGUISTAS

—Mi querido don Vicente!

—Mi querido don José!

¿Qué tal le sientan á usted las aguas?

—Perfectamente.

Yo tenía inapetencia, no hacía las digestiones, y me dió más desazones con su impotencia la ciencia...

Un doctor, al verme así, me decía: «¡Pívese del café!» Yo me privé; pero nada conseguí.

Otro me dijo un seguidor

que era una cosa muy buena así después de la cena y después de la comida.

Más uno y otro doctor desbaraban por igual: si no lo tomaba, mal; si lo tomaba peor.

Tan mal llegué á verme en día que tuve una indigestión sólo porque vi un jamón en una salchichería.

Hoy estoy bueno y orondo y como de una manera... Digeriría aunque fuera

un artículo de fondo.

—Pues yo no vine por mí, que estoy bueno por ahora, sino por esa señora que pasta por ahí.

Es mamá de mi futura, y siempre que me veía, señalándome, decía:

«¿Qué hombre, qué mala figura!

Me pone mala, me apasta, no puedo verle con calma:

créame, hijita de mi alma, tu novio se me indigesta.

El podrá serle muy fiel, yo no te digo que no; pero mientras viva yo, no has de casarte con él.»

Pero vino á Mondariz, y le sentó tan bien esto,

que no le soy indigesto, ¡Se ha curado! ¡Soy feliz!

JOSE ESTREMERIA.

CUESTIÓN PELIAGUDA

Entre los «sabios doctores»

hay distintos pareceres

acerca de qué mujeres

son, sin duda, las mejores.

Hay quien las quiere arrogantes

y quien las quiere sencillas,

quien las busca sabidillas

y quien las busca ignorantes.

Quien defiende á las que son

varoniles y atrevidas,

y quien á las «encogidas»

que se asustan de un ratón.

Quien está por las dengosas,

quien está por las robustas,

quien prefiere á las adustas

y quien á las cariñosas.

Quien juzga que son más buenas

las rubias por ideales,

y quien por más... terrenales

antepone á las morenas.

Quien «distingue» á las jamonas,

quien ensalza á las pollitas,

quien «se inclina» á las chiquitas

y quien á las mujeronas.

Cada uno mira, al juzgar,

como preferible y justo

lo que conviene á su gusto,

y así, para determinar,

entre los «sabios doctores»,

gordas, flacas, pobres, ricas,

listas, tontas, grandes, chicas...
todas tienen defensores.

Pero en un punto esencial

todos siempre han convenido,

y por eso siempre ha sido

clara opinión general

que son las hembras formales

y de honrada condición

mejores que las que son

deshonestas y venales.

¡Buena! Pues el otro día,

yo no sé por qué razón,

se suscitó esta cuestión

en una peluquería,

y un oficial, que no es zote

y con el que á veces suelo,

mientras él me corta el pelo,

echar algún parrafote,

hombre muy serio y formal

y á quien nunca vi de broma,

al escuchar el axioma

de la «opinión general»,

me miró un poco mohino

é inclinándose «exprofeso»,

me dijo:—¿No oyó usted eso?

Pues eso es un desatino.

Ideas equivocadas

que yo no acepto jamás...

Las... coquetas valen más

que las mujeres honradas.

Estas dan mayores penas

aun teniendo menos «alass»...

Créame usted á mí... las malas

son mejores que las buenas.

Lo miré con estupor,

pero él me siguió pelando,

al mismo tiempo charlando

me dijo:—Pues sí, señor.

Y si usted opina que es

mi opinión extravagante,

dígame usted un instante

y usted juzgará después.

Dalila, que, con razón,

pasa por mujer... ligera,

le cortó la cabellera

al ciudadano Sansón.

Y Judit, cuya fuerza

á su virtud no igualó,

mujer... formal, le cortó

á Holofernes la cabeza.

Si, entre una y otra, ocasión

se presenta de escoger,

¿qué prefiere ser,

Holofernes ó Sansón?

Yo una Dalila prefiero

con toda su... ligereza,

que entre el pelo y la cabeza,

la cabeza es lo primero.

Y no hacer lo que liago yo

es prueba de insensatez.

¡El pelo crece otra vez,

pero la cabeza no!

—

Calló y yo también callé

«dando vueltas» á la idea.

Al terminar su tarea

dijo:—Servidor de usted.

Me levanté, vino á mí,

me cepilló, le pagué,

saludó, le saludé,

abrió la puerta y salió.

Y al bajar por la escalera

hícame esta reflexión:

«No puede tener razón.

¡Pues, hombre, si la tuviera!...»

Al hablar así, recelo

que divirtiéndose estaba.

¡Claro! Mientras me pelaba...

me estaba tomando el pelo.

Ya en la calle, tropecé

con Gil, uno que tenía

amores con Rosalía,

una tiple... de café.

Le vi triste, macilento,

mal de «físico» y de ropa,

con un sombrero de copa

apabullado y mugriento.

—Chico, yo estoy arruinado,

me dijo al verme llegar;

mas no te debe extrañar.

Rosalía... me ha pelado.

Libre de su amor mentido,

ya gracias al cielo doy:

trabajando desde hoy,

recobraré lo perdido.

Me apretó con énfasis

las dos manos, y se fué...

y yo... ¡es claro! me acordé

de Dalila y de Sansón.

—

Á pocos pasos de allí

me encontré con Avendaño,

que se casó ya hace un año

con Magdalena Rubi.

Y al verme cerca, exclamó

con acento sepulcral:

—No hay en el mundo un mortal

más desdichado que yo.

—No lo puedo concebir.

—Pues lo debes comprender.

—¿Qué tienes?

—Una mujer

que no me deja vivir.

Me tiene un cariño atroz

y es honesta y hacendosa,

pero ha dado en ser celosa

de una manera feroz.

Yo soy médico, y me quita

que visite á los clientes,

y ya lo saben las gentes

y no tengo una visita.

O con celos ó con mimos

no me deja trabajar,

y ya te puedo jurar

que ni san sé cómo vivimos.

Perdí mi tranquilidad,

mi porvenir, mi fortuna,
y estoy resuelto á hacer una
terrible barbaridad.

Más desdichado que yo
otro en el mundo no vi.

—¿Pero es honrada?

—Eso sí.

—¿No te ha faltado?

—Eso no.

Ni aun por la menor flaqueza
mereció nunca castigo.

Es muy buena, pero, amigo...
¡me ha cortado la cabeza!

Mi desventura evidencio.

aunque en mí la culpa estubo...

Calló, dió un suspiro y hubo
un instante de silencio.

—No te cases si disciernes,
me dijo luego, y se fué...

Yo ¡está claro! me acordé
de *Judit y de Holofernes*.

Y, lleno de confusión,
se me escapó, soy sincero,
esta horrible exclamación:
«¡Hombre! ¡Si tendrá razón
el diablo del peluquero!»

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

LACRIMOSAS

I

Hombres encontrarás á todas horas
capaces de morir en desafío
por beber esas gotas de rocío
que brotan de tus ojos cuando lloras.
No lo creas, ¡por Dios! no es verdad eso.
Lo que quieren, Dolores,
es dejarte en los párpados un beso,
sin dárseles un bledo de que llores.

II

¿No es el amor ventura,
bienandanza y placer, dicha y dulzura?
Pues entonces, ¡Señor! ¿en qué consiste
que el que amo de verdad se pone triste?

III

Todos los que bien me quieren
piensan ¡como si lo viera!
que el día en que yo me muera,
de sentimiento se mueren.
¡Ay! pero á mí no me embroman;
sé adónde llega el quebranto:
un par de horitas de llanto...
¡y malos cocos te coman!

SINESIO DELGADO.

UN ESTRENO

Desde el principio creía
el público en general
que el estreno alcanzaría
un éxito colosal;
habiendo contribuido
á formar esta creencia
no hallar un chiste sabido
ni un ataque á la decencia,
y el encontrar del decoro
las formas tan defendidas,
que hasta las niñas del coro
se presentaban vestidas.
Pero cuando era mayor
el triunfo, de tal manera
que no hubo un *patador*
que diese una *co* siquiera,
al final de un recitado
en que los espectadores
habían solicitado
el nombre de los autores,

por coincidencia fatal
los perros de una jauría,
que tomaban al final
parte en una cacería,
se olvidaron del papel
que los autores les dieron,
y en revoltoso tropel
al escenario salieron,
con un ruido tan horrible
y armando tal confusión
que no hubo medio posible
de proseguir la función.
Al oír la gritería
y el escándalo espantoso
con que el público acogía
un final tan desastroso,
sólo me ocurrió pensar
en las obras teatrales
que habrán hecho fracasar
mno cuantos animales.

MIGUEL TOLEDANO.



Vamos á ver si entendemos esto:

«Una madre desnaturalizada ha dado muerte lenta á un hijo suyo de dos años, empleando para ello toda clase de malos tratamientos. Aquella fiera, pues no merece otro nombre, está en poder de los tribunales de justicia, y gracias á esto ha logrado salvar á la infeliz criatura de un seguro lynchamiento.»

Bueno: ¿quién se ha salvado del lynchamiento? ¿El hijo? No puede ser, porque le han dado muerte lenta. ¿La madre? Tampoco, porque la madre es una fiera, según el sacito, y lo del lynchamiento va con la infeliz criatura. Aunque no, porque la ley de Lynch no tiene nada que ver con la víctima. Además, ¿quién la salvado á quién? Los tribunales no, porque se dice *ha salvado*. Parece que ha sido la fiera... En fin, que se vuelve uno loco.

Es verdad que pequé, pero ¡Dios mío!
estaba tan hermosa
que, en aquella ocasión, fuera el desvío
mayor pecado que alorar á Rosa.

MIGUEL JIMÉNEZ MÉRIDA.

Un telegrama de Salamanca que parece de Portugal:
«El 25 se declaró un horroroso incendio en la casa de comercio de doña S. R., quedando extinguido á las cinco, calculándose las pérdidas ocasionadas en 1.500 pesetas.»

¿Un horroroso incendio con pérdida de 1.500 pesetas? ¡Dios mío! ¿Qué se ha quemado para inspirar un horror tan grande? ¿Habrá muerto alguien? A ver: «No han ocurrido desgracias personales.» Pues no veo la catástrofe, ¡caramba!

¿Ustedes creían que de las iglesias no se llevaban los ladrones más que patenas, cálices, etc., etc.? Pues ahí va la lista de lo robado en la iglesia de Santo Domingo, de Guadix:

Dos mariposas de brillantes, un alfiler de esmeraldas, un lazo, unos pendientes, un aderezo de diamantes, un alfiler de diamantes, unos pendientes de brillantes y perlas de gran tamaño...

Y el caso es que los ladrones, si son habidos, no podrán ser castigados por robar objetos destinados al culto. Porque dirán ellos:

—Nos hará usted creer á nosotros que la Virgen tiene que ir esta noche de baile.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. L. A. G.—Es una declaración amorosa en toda regla, particularísima, por consiguiente, y fuera de la índole del periódico.

Sr. D. F. R.—Segura de León.—Sí, señor; haga lo que dice, y se le enviarán los atrasados.

Sr. D. A. M. y G.—No pueda contestar como usted pide, porque esta sección se hace para que la lean todos. Por lo tanto, puede usted prescindir de remitir versos.

Chicho.—«Escéptico, ignorante, descreído,
hombre sin corazón, bosa una tumba
verás... cómo se huele allí á podrido.»

¡Caracoles! ¡Qué mal gusto!

Un suscriptor.—¿A ella? ¡No! Nada á ella sola. Los piropos al oído de la interesada.

K. Non.—¡Vaya un gracioso! ¡Dios le conserve á usted la vista!

Chipehu.—No, aquello no iba con usted. Puede usted mandar lo que quiera.

Sr. D. J. S.—Madrid.—Nada de vínculos. Lo que hay es que si esas cosas no tienen novedad ni gracia, más vale que las haga solo el que las hace bien. Y ésa no está mal versificada, eso no.

Sr. D. E. M.—¿De veras es de usted eso? Pues ¿en qué consiste que lo sabemos todos de memoria hace muchos años?

Marinero.—¿Sabe usted cuál es la peor forma de las majaderías? ¡Esa!

Sr. D. J. R.—Cádiz.—Otro gracioso. ¡Y también de Cádiz!

Sr. D. Q. A.—El caso es que eso de asonantar el romancillo *Zoblemante* le habrá costado á usted mucho trabajo... y resulta que es un defecto!

Sin vergüenza.—Vamos, hombre, esas seguidillas están bien hechas, pero no tienen novedad.

P. Pina.—Qué quiere usted, como la composición es puramente descriptiva sin mezcla de gracia alguna, parece una carta de un balneario.

Lola.—¡Pero si es que no mide usted como es debido!

Anublab.—«Me juraste amor eterno
cuando tenía dinero
y ahora que ya no lo tengo
tú me dices ¡no te quiero!»

Bueno, pero además de la vulgaridad de la idea, ¿no le hacen á usted el efecto de martillazos esas asonancias horribles?

Carapalo.—Me parece muy malo,
y dispénsame usted, ¡oh *Carapalo*!

K.—Bueno, ¿usted se divierte así? Pues adelante con los faroles. Voy á publicarle una *estrofa*, para que no diga usted que soy exagerado:

«Nací en Villarage,
me pusieron Rodage,
me compraron un traje
cuando fui caballage.»

Y que lleve usted feliz viaje.

A. C. I. T.—No, señor; no se ha publicado todavía. Puede que se publique y puede que no, ¡vaya usted á saber!

Sinagismo.—De las chulerías, ya sabe usted, ó hacerlas bien, ó no hacerlas, porque como es cosa en que todo el mundo ha puesto las pedoeras manos...

Terpsicore.—Las tres cosas son bastante medianas.

Sr. D. M. J.—Es bastante irrespetuosa para la religión de nuestros mayores, y la forma no está muy cuidada que digamos.

Sr. D. M. J. M.—Colmenar.—El aviso de renovación de D. C. M. no ha llegado á nuestro poder.

Lat. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 26.

ANUNCIOS

PERLA RÚSTICA DEL RETIRO
RESTAURANT.—Frente á la estatua de Espartaco.
Gran Parque para comer al aire libre. Salón
para banquetes y bodas. Gabinetes independien-
tes para familias. Almuerzos desde 4 pesetas
y comidas desde 5 pesetas en adelante. Se re-
ciben encargos para dentro y fuera del Estable-
cimiento.



—Sólo he tenido tres hijas,
Pilar, Aniceta y Gloria;
y les compré tres sortijas.
¿Que dónde? En casa de SORIA.
Magdalena, 18.



—¿Por qué se dejan trenza los
chinos?
—Porque no tienen en su país
un peluquero como TOMAS, Al-
calá, 40, y no quieren ponerse en
otras manos.

EL ARCA DE NOÉ



Los autores de mis días
y los que educaron
mi niñez,
me recomendaron
la perfumería
;calle Espoz y Mina, 26!

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO



—¿Si echo un ternero iré al in-
fierno?
—¡Ca! de ninguna manera:
¡no hay nada mejor que un ternero
si es de casa de PESQUERA!
Magdalena, 20.



—Los médicos me han receta-
do el hierro, porque dicen que
tengo anemia.
—¡Déjese usted de hierro!
Con un sábono al restaurant
LAS FULLERIAS, Malute, 6,
se cura usted en una semana.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Medalla de oro, por sus Chocolates.
Medalla de oro, por sus Cafés.
Medalla de oro, por su Tapioca

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

TIRSO, MAYOR, 73



—¡Ingenioso aparato eléctrico
de bolsillo que cura instantánea-
mente el dolor de muelas! Basta
introducirlo en la boca después
de empaparlo en vinagre ó agua
salada! Precio, 10 pesetas.



Si á comprar bastones vas,
lo que te tiene más cuenta
es ir á casa de GRAS,
que vive Alcalá, 40.



De buenas camisas
hay grandes surtidos
de cuellos bajados,
de cuellos subidos...
Martínez, San Sebastián, 2.

COLECCIONES DE MADRID CÓMICO

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo,
que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no
suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscri-
tores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ALBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas
ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo,
elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.



Aspecto de los infelices que no han leído todavía el libro M-
gajas, de López Silva.